
Las invenciones de la lectura silenciosa

Sergio Pérez Cortés*

Leer en silencio, con frecuencia solos, dejando que la mirada recorra la página escrita y que el alma perciba, a través de los signos, las palabras de algún otro. Acto casi imperceptible de tan cotidiano. Y, sin embargo, si se reflexiona un momento, esta asociación entre lectura, silencio y soledad no tiene el carácter evidente que le asignamos. Esto es, al menos, lo que quiere mostrar este trabajo.¹ En favor de nuestra tesis tenemos el hecho de que las cosas no siempre han sido así, y quizá sin percibirlo con claridad, esas mismas cosas ya estén cambiando ante nuestros ojos. Cambios más difíciles de apreciar no sólo porque son casi imperceptibles, sino porque se muestran en plena luz para mejor ocultarse. Esta es pues una invitación a iniciar una excursión en la antropología de la lectura; como recompensa, al vivir lo que ya somos, tal vez pueda reconocerse mejor nuestro presente, cuestión importante para aquellos que se interesen en saber cómo han llegado a ser lo que son.

Una precisión inicial: no es posible referirse a la lectura omitiendo a su correlato inseparable, la escritura, y sin considerar la estrecha unidad de ambas con la lengua hablada. Pero todos sabemos que estar íntimamente unidos

no significa compartir la misma historia. A diferencia del habla, la escritura y la lectura no descansan en ningún soporte biológico y no provienen de ninguna facultad propia de la especie. Por definición, cada ser humano es un hablante —debido a su arsenal genético—, pero nadie es por naturaleza un lector y un escritor. La escritura y la lectura son adquisiciones históricas relativamente recientes cuyo desarrollo incluye todas las peripecias de las obras humanas. No son, pues, actos innatos sino sociales, y en consecuencia están sometidos a la apropiación individual y colectiva, con su inevitable dosis de pasión, amor y violencia.

Para nuestros propósitos es necesario ofrecer una respuesta a la cuestión ¿qué es leer?; respuesta que no dejará complacidos a todos, pero que es la premisa *técnica* básica del acto que intentamos comprender. En este sentido técnico restringido, la lectura es *un acto de reconocimiento* cuyo fin es asociar una serie de elementos gráficos convencionales con una serie de rasgos fonéticos que poseen valor lingüístico en la cadena del habla. Así, asociamos los siguientes signos gráficos *Padre*, con los signos fonéticos /P/a/d/r/e/, que a su vez constituyen la parte significativa de un signo con valor lingüístico *Padre*, el cual denota un ser querido. Por supuesto, ésta no es la única manera en que los seres humanos intercambian mensajes a través de gráficos: en innume-

* UAM-Iztapalapa.

rables casos utilizan símbolos, índices, íconos e incluso gestualidad corporal para producir significados que resultan inteligibles para los demás. Pero en estos últimos casos, la comprensión del mensaje exige un tipo de actividad diferente por parte del receptor, que quizá deba ser llamada interpretación, desciframiento o recodificación, pero no lectura.

Reservaremos aquí el término "lectura" al reconocimiento unívoco, en voz alta o en silencio, de los signos escritos. Es claro que hemos dado un sentido restringido al término, pero es que con ello buscamos remover la dificultad que conlleva cualquier tipo de decodificación y que necesariamente condiciona, a través de las habilidades intelectuales requeridas, el número de individuos capaces de "leer". El sistema alfabético, creado en Grecia en torno al 700 a.C., parece haber logrado la mayor simplificación, porque reduciendo al mínimo las capacidades de memoria y habilidades individuales requeridas posibilita el uso generalizado de la lectura y la escritura. Una de las mayores ventajas del sistema alfabético es que permite un alto grado de automatismo, en parte debido a que su aprendizaje se efectúa en un momento en que las facultades intelectuales del niño no están aún completamente desarrolladas. Estamos situados, en consecuencia, en Occidente en un momento en que la invención del alfabeto se ha consumado. Suponemos, pues, que están dadas las condiciones para que cualquier individuo sea un escritor y un lector. Pero aunque las condiciones están ahí, durante mucho tiempo sólo un número restringido de individuos fue capaz de escribir y leer, y entre los que leían, una parte minúscula lo hacía en silencio. ¿Por qué?

Al rastrear las huellas de esos actos encontramos que cada uno presenta características propias, porque si la escritura tiene como consecuencia la acumulación paulatina de textos, la lectura, en cambio, no deja rastro material en ningún objeto, aunque deje bien claras sus huellas en el alma del lector. Además, a pesar de ser una experiencia individual, la lectura requiere de condiciones adicionales tales como una escolarización generalizada o la existen-

cia de un cuerpo documental considerable, circulante y fácilmente accesible. La experiencia de la lectura requiere, pues, un esfuerzo de reconstrucción intelectual.

La lectura ha contribuido al aislamiento individual, porque a diferencia de las culturas orales, en las cuales la comunicación pasa de la boca al oído a través de la presencia obligada del narrador, la existencia de textos permite el alejamiento entre el emisor y el receptor del mensaje. El texto transmite y conserva, sin distorsión, la experiencia íntima o colectiva de uno al otro sin ponerlos necesariamente frente a frente. Es el escrito y no el escritor el que está presente, de manera que, en la lectura, el receptor enfrenta únicamente la escritura de un ausente. Tal separación es aceptada y prevista por ambos: por el autor, que debe confiar al texto la transmisión de todo el contenido del mensaje, sin ningún auxilio adicional; por el lector, que, asumiendo esa ausencia, concede sin embargo al texto la misma credibilidad que otorgaría si estas palabras fueran efectivamente pronunciadas por el otro. La lectura es el punto de encuentro entre un lector y los signos escritos por un ausente. Y aunque es una posibilidad inherente al texto, esta concepción acaba por arraigarse de tal modo que resulta difícil imaginar la lectura como otra cosa que un acto solitario y silencioso.

Pero no siempre ha sido así. En la historia intelectual de Occidente la lectura en silencio ha sido "inventada" —es decir, requerida por ciertas necesidades intelectuales y convertida en práctica cotidiana, aunque circunscrita a un pequeño número de individuos— en dos ocasiones: primero, en torno al siglo IV a.C. y, después, alrededor del siglo XV. ¿Cómo ha surgido esta experiencia en el individuo y qué modificaciones ha provocado en la "tecnología intelectual del yo"?

En una cultura predominantemente oral la lectura en silencio debe ser considerada una innovación extraña porque carece, en principio, de función social. En un medio en que el valor fundamental de la comunicación recae en la palabra sonora, en el prestigio del narrador y

en la voz anónima y colectiva que se actualiza, la lectura en silencio no tiene razón de ser. Frente al alto valor emocional de la narración viva y al compromiso psicológico que ésta suscita en el oyente, la lectura solitaria y silenciosa aparece como un acto que, incluso para ser concebido, requiere de condiciones especiales. Es por eso que al irrumpir en una cultura oral, la escritura y la lectura no son percibidas de manera independiente a la voz del lector y no logran aún representar a un autor a la vez distante y mudo. Se lee, pues, en voz alta para otros o para sí mismo. La escritura está sin duda presente como una serie de signos visuales, pero su función primordial es movilizar al sonido que completa al texto mediante la secuencia sonora aportada por la voz del lector. El contenido del mensaje sólo se actualiza en la ejecución en voz alta del lector. De ahí resulta que si el complemento sonoro es indispensable al texto, la lectura en silencio es una anomalía, un hecho antinatural. Leer en silencio es ir a contracorriente, puesto que socialmente se espera que la lectura otorgue cuerpo audible a la palabra congelada en el escrito.

Durante largo tiempo el comportamiento de la voz existió por razones técnicas. Los griegos clásicos se servían de la escritura continua, es decir, sin intervalos entre palabras, lo que hacía prácticamente indispensable la lectura en voz alta. En escritura continua el ojo encuentra dificultades evidentes para reconocer las palabras y requiere del oído, sentido mucho mejor entrenado para reconocer la forma lingüística de la frase. El sentido del mensaje puede ser percibido de manera más eficaz a través del sonido. El texto es un compuesto de signos gráficos, pero para ser actualizado requiere de la voz que lo materializa en el plano sonoro; mientras tanto, juega más bien el papel de guía para la voz del lector, para la voz lectora.

A través de la voz, el lector, lo mismo que los oyentes, conocerán el contenido de un texto que, en estas condiciones, no posee ningún carácter de privacía o soledad, ni representa de hecho al escritor ausente. Por eso se ha podido sugerir que en la significación del verbo *epilé-*

gestnai, el *légein* o *logos* (sustantivo de acción de *légein*) se agrega (*epi-*) a un hecho o a una acción como un complemento o una reflexión.² Vale decir que la lectura en voz alta es concebida como un *logos* sonoro que se agrega a un texto mudo y, sin ella, incompleto. Pero si se lee en alta voz, ante un público, entonces, a pesar de la escritura, no se ha roto por completo con un modo de comunicación milenario: el que va de la boca al oído.

En el momento de tránsito de una cultura oral-auditiva a una cultura de lecto-escritura, leer en silencio es aún una desviación de la norma. Y es como una curiosa excepción que la presenta Aristófanes, quien ha dejado una de las primeras evidencias de su existencia. En una escena de *Los caballeros* (escrita en el 424 a.C.), el autor de comedias presenta a Demóstenes pidiendo a Nicias, además de un escrito que éste ha robado a Plafagón, un trago. "Dámelo a leer", dice Demóstenes mientras Nicias, que llena la copa de vino, pregunta a su vez "¿qué dice el oráculo?" Demóstenes, distraído en la lectura, responde "lléname otra copa". ¿Es verdad que ahí dice "lléname otra copa?", vuelve a preguntar Nicias quien piensa que se trata de una lectura en voz alta. La broma continúa un poco más, hasta que Demóstenes resume el contenido del mensaje que, obviamente, ha leído en silencio. Escena instructiva, como lo ha mostrado Knox, pues revela que la lectura en silencio no es habitual para todo el mundo, especialmente para la multitud de espectadores analfabetas que sólo conocen la escritura como voz sonora.

Leer en voz alta fue una práctica tan generalizada y persistente en el mundo antiguo, que todavía San Agustín se asombra al ver a su maestro, San Antonio Ambrosio, practicar la lectura silenciosa. La poderosa asociación que se produce entre la escritura, la voz y el oído, hace que incluso la lectura del individuo aislado se haga en voz alta. Soledad y silencio tampoco están, pues, unidos de manera espontánea.

Las huellas de la lectura en voz alta se encuentran a lo largo de la Edad Media y se extienden hasta bien entrado el siglo XVI. Que

un texto funcione como soporte de la lectura sonora, de la memorización y el canto, es un fenómeno que Margit Frenk ha descrito a propósito de la literatura del Siglo de Oro español.³ Puesto que el significado socialmente relevante continúa transmitiéndose de la boca al oído, los textos están obligados a actuar “en condiciones teatrales, como la comunicación entre un cantante, recitador o lector, y un auditorio”.⁴ El hábito de la lectura en voz alta alcanza desde la narrativa hasta la poesía lírica, punto extremo en el que se resiente “el monopolio de la transmisión que ejerce la voz que recita y la voz que canta”.⁵

Para nosotros resulta sencillo percibir una separación nítida entre las connotaciones de los verbos “leer”, “escuchar”, “ver”, o entre el autor y el narrador como sujetos de un proceso, pero esas mismas fronteras son más difusas cuando el acto socialmente relevante es la recitación pública de un texto.⁶ Las dificultades para separar estas categorías provienen de que en la lectura pública en voz alta el autor comparte con el narrador la voz del texto y con el auditorio la única vía de transmisión de su contenido; además, el público del texto no son sus lectores en sentido estricto, sino los auditores en trance de escuchar, lo cual significa finalmente el predominio de un modo de comunicación colectivo a través de los signos verbales en el que no hay espacio para el aislamiento individual.

Hoy sabemos que la lectura en silencio vendría a alterar radicalmente ese estado de cosas. Ella permitirá que se comiencen a “representar” de manera completa las palabras de un ausente por medio de signos escritos. Al separar lo que antes era una operación única, la lectura silenciosa hace autónomo al texto, lo distancia de la voz y el complemento sonoro ya no es necesario para el reconocimiento del contenido.

En adelante, la vista es, sin rival, el sentido dominante y los signos visuales predominan sobre los signos verbales. Esta modificación, de apariencia mínima, tiene una importancia capital debido a las propiedades intrínsecas de los signos: mientras en los signos visuales el

carácter dominante es la organización espacial, lo que les permite presentarse de manera simultánea en diversos arreglos y estructuras, en los signos verbales la organización dominante es la temporal y sólo pueden presentarse en una secuencia lineal. La naturaleza establece los signos visuales, les otorga un carácter representativo del objeto original, mientras los signos verbales poseen un carácter simbólico que les permite producir un universo sonoro que afecta al oyente en el plano acústico-sensorial. Diferencias que resultan decisivas para el tipo de operaciones que el intelecto puede realizar con cada uno de los tipos de signos.

Por otra parte, es por la lectura en silencio que se establece la fijación definitiva del texto. El lector silencioso ya no interviene en la escena de la escritura; él simplemente permite que los signos gráficos sean capaces de expresarse a sí mismos. Si algo escucha, es en todo caso “la voz interior” en la que se desencadena un diálogo del alma consigo misma. Porque el texto que transmite las ideas de otro ha dejado de ser un eco verbal más o menos inexacto para convertirse en un objeto en sí mismo, diferenciable del contexto en que es emitido. Ahora puede examinarse lo dicho, independientemente del acto de decirlo.

La lectura en silencio transforma en profundidad el modo de comunicación cuando irrumpe en un mundo oral que por principio le niega un lugar funcional. Cabe entonces preguntarse por las causas de su “invención”, su desarrollo y su expansión. No es difícil detectar su presencia, pero es necesario derivar conceptualmente las razones de su existencia.

Consideremos nuevamente las razones técnicas: aunque la escritura continua es un obstáculo considerable, no es el único. La separación entre palabras no es más que uno de los elementos gráficos que deben ser definidos y estables para que la vista recorra el texto con relativa facilidad, sin soporte adicional. La existencia del alfabeto, su organización en un escrito, no es aún la presentación del discurso. En realidad, la inexistencia de una codificación en la grafía ha hecho del texto, hasta la

invención de la imprenta, una base para la oralización, más que una página destinada a la lectura.

Varios índices lo muestran: existe una gran diversidad de estilos de escritura y prácticamente ninguna convención en puntuación o en abreviaturas. Algunas de esas escrituras son prácticamente ilegibles⁷ y la cadencia de lectura posible está muy distante del habla cotidiana. Es porque la escritura en la Edad Media no se ha fijado como tarea el mostrar las estructuras del discurso, sino más bien un esfuerzo por guiar al lector en aquello que se quiere resaltar dentro de la sonorización. Los escasos títulos o subtítulos parecen más indicativos de un índice para la declamación que de un apartado conceptual, y lo mismo sucede con los signos de puntuación que se utilizan, un punto para indicar la detención del relato y una coma para prevenir una exclamación, es decir, una próxima elevación de la voz.

La irregularidad en la grafía se explica porque la *manuescritura*⁸ introduce una interferencia específica en el paso de la voz al texto: el escribano no es un hombre tipográfico, y por tanto, compone en el momento en que escribe. Quizá no tanto en el momento en que copia sino cuando transcribe de sus tablillas de cera al papel un dictado, o cuando plasma en papel un relato que ha compuesto mentalmente antes de iniciar la escritura. Todo ello hace que “el texto se parezca más a una partitura que a nuestras páginas impresas”.⁹

La lectura debió ser, pues, un esfuerzo intelectual considerable: “exigía iniciativa y acción física, al mismo tiempo que valía intelectual”.¹⁰ Y a decir verdad, cabe preguntarse si se justificaba, porque, como se sabe, la generalización del hábito de la lectura requiere de una producción y difusión amplia de textos y hasta el siglo XVI, éstas se localizaban en redes de individuos que, aunque extendidas por toda Europa, eran de un número sumamente limitado. El hábito de la lectura y, por supuesto, de la lectura silenciosa, se extendió muy lentamente en las capas sociales: en el bajo clero, del que se escuchan constantemente quejas por su analfabetismo, pero también

entre las clases dirigentes que no veían en la lecto-escritura actividades indispensables para su vida, al grado de que incluso los más instruidos entre ellos las ignoraban y mantenían grupos de clérigos a sueldo para esos menesteres. Pero a medida que los textos se multiplicaron, no solamente se amplió para todos la necesidad de leer, sino que se obtuvo una de las premisas de la lectura en silencio, porque la profusión de textos plantea para algunos individuos la obligación de un mayor consumo y por tanto impulsa en la dirección de la lectura silenciosa, que, en efecto, es varias veces más rápida que la lectura en voz alta.

Sin duda, la estabilización de la grafía impresa y la velocidad impulsan hacia la lectura silenciosa. Pero no son aún suficientes. La razón más profunda se encuentra en la aparición creciente de un cierto tipo de enunciados agrupados en textos, que exigen un tipo de ejercicio intelectual —llamémosle “analítico”— que es incompatible con el hábito de la lectura en voz alta. Se trata de las exigencias planteadas por la acumulación del saber analítico y científico, que conducen a la lectura en silencio (aun cuando quede circunscrita a un número reducido de individuos, situados en un mundo en que tal lectura es prácticamente desconocida). Más que hablar de algo tan vago como “una nueva actitud intelectual”, hay que buscar la explicación en algo más preciso: la aparición, la multiplicación y la acumulación de escritos que no caben dentro de una cultura oral-auditiva, porque exigen al entendimiento una actitud por completo diferente a la anterior.

En una cultura oral, el soporte material del contenido del mensaje es básicamente la memoria individual, la cual debe ser capaz de reproducir a través de enunciados los valores socialmente significativos. Para enfrentar esta tarea con posibilidades de éxito, la memoria se otorga algunos puntos de apoyo, por ejemplo, somete los enunciados a una estructura métrica o formular que le facilita la repetición más o menos automática del mensaje. De ahí surgen las narraciones propias de la cultura oral que son simultáneamente artefactos mnemo-

técnicos destinados al entretenimiento y a la educación. Uno de esos soportes básicos de la memoria es la presencia en el relato de una serie de personajes memorables que viven sus vidas en algún tipo de secuencia temporal —aunque no sea un tiempo idéntico al nuestro. Los enunciados que relatan sus actos son retenidos con mayor facilidad, porque la memoria es receptiva a las hazañas, las genealogías, los sucesos inesperados y los personajes excepcionales. Los relatos buscan instruir al auditorio acerca de un conjunto de valores socialmente normativos, y lo logran conservando en la memoria individual una serie de expresiones de acción cuyos sujetos son seres excepcionales y que se concatenan más por procedimientos retóricos que analíticos. Puesto que el relato busca atraer y divertir, no acumula secuencias lógicas sino metáforas, similitudes, ejemplos sobresalientes, instancias, etcétera. Y esto incluye en los personajes, como es natural, odios, desesperación y disculpas.

Se comprende entonces que el modo de comunicación de un mundo oral-auditivo sea hostil a toda una clase de enunciados como “la suma de los ángulos de un triángulo es igual a la suma de dos ángulos rectos”. La razón es sencilla: en este tipo de enunciados domina una síntesis analítica en la que los sujetos y los predicados son impersonales y el verbo es una cópula intemporal de tipo lógico. Esta síntesis establece definiciones y principios, y estructura una clase de juicio de atribución según el cual un algo (un sujeto), es siempre de un cierto modo. No es únicamente que en la conceptualización se estén utilizando términos “universales” en el lugar de los sujetos activos, sino que todo el discurso busca la estructuración de esos términos en ciertas relaciones sintácticas o lógicas al interior de proposiciones que los conectan mediante cópulas y operaciones equivalentes.

Desde luego, la existencia de ese tipo de enunciados estaba dentro de las posibilidades de la escritura, porque sólo ésta es apta para fijar, dar forma objetiva y autonomía a esos mensajes. Pero lo cierto es que su aparición exigió al intelecto una actitud nueva desde el

punto de vista lógico, sintáctico y estilístico. De entrada, porque el texto, ofrecido como un abanico de signos visuales, exige una actitud hermenéutica en la medida en que su comprensión se dificulta al no aportar consigo el contexto en que está situado. El texto, lo mismo que los enunciados, requieren obligatoriamente de interpretación, de explicación, de exégesis. Y si esto es realizable es porque la vista, que puede volver constantemente a las premisas del escrito, ejerce la posibilidad de tomar conciencia de las articulaciones del discurso, de sus contradicciones, de las reglas que lo ordenan, permitiendo la explicación de la racionalidad que lo estructura.

Es claro que este ejercicio del entendimiento no es excepcional, pero para realizarse requiere de una conciencia que dialoga, no con otros en el espacio público, sino consigo misma, en un diálogo interno que le permite movilizar una serie de medios lingüísticos sin los cuales ningún “objeto” conceptual se presenta en la experiencia.

Porque a diferencia del mundo oral, esa conciencia ya no trata de identificarse con la acción, sino que busca alejarse analíticamente del texto. Tampoco intenta seguir con el oído, es decir, siempre hacia adelante en el relato, los actos memorables, justos o injustos, valiosos o condenables, de héroes imposibles; por el contrario, la conciencia que lee en silencio es capaz de interrogarse acerca de la naturaleza estable de algunas categorías o nociones, interesándose, más que en las emociones del héroe injusto, en qué es la justicia. Desde luego, en ese esfuerzo por alcanzar la definición, la norma o la estructura del objeto bajo examen, éste pierde colorido y variedad, incluso pierde visibilidad, porque el mundo de héroes con sus glorias, sus penas, su fatalidad y su honra se desdibuja en un horizonte de objetos intemporales, visibles sólo para el entendimiento a través de las categorías con las que lo piensa. El dato inmediato y multicolor se ha convertido en un orden de las razones. El universo que resulta ya no es narrativo ni histórico, sino lógico y sintáctico, y tiende a convertirse en un sistema organizado de categorías. Es

un ser, pero no es un ente, es una situación sintáctica, no una situación vivida; es por eso que sugiere la existencia de un mundo de objetos conceptuales intangibles.

La lectura silenciosa es, pues, indicio de que el entendimiento está ejerciendo una actividad específica, diferente de la de mimetizarse con la narración: es la función de pensar sobre el pensamiento, de razonar. Al interrumpir el sueño colectivo e hipnótico de la cultura oral, la lectura en silencio posibilita algo que el mundo narrativo cancela: la aparición del yo del entendimiento como universo autónomo y minúsculo que, de manera independiente a la voz inmemorial y colectiva, es capaz de reflexionar y de pensar. Por supuesto, no es que el hombre piense por vez primera, pero es la primera vez que en la soledad y en silencio dirige sus pensamientos hacia esa misma reflexión y se obliga a situarla en un cuadro propio y coherente. La lectura silenciosa no es una nueva facultad, pero es una nueva orientación de las facultades existentes hacia la reflexión, a través de una conciencia individual, aislada, que ejerce una indagación crítica de sí misma.

En el diálogo del alma consigo misma surge un pensamiento en silencio, una voz interior. Como lo mostró el sacrificio de Sócrates, la aparición de esa novedad es susceptible de provocar una conmoción, porque la voz de la cultura oral es una voz sonora y pública, y no una voz individual e interiorizada. ¿Cómo podría el mundo oral aceptar sin recelo la existencia de un mensaje personal e interior que ningún otro individuo puede escuchar? La lectura silenciosa, este acto literalmente "privado", indica que se ha realizado una transformación social profunda, en la cual la comunidad está en trance de separarse de la situación oral-auditiva creando un nuevo tipo de intelectual, el lector solitario, cuya obligación primera es aceptar por completo las implicaciones de la existencia del documento.

Al referirnos a un nuevo tipo de actividad del intelecto no deseamos sostener que con la lectura en silencio aparece por primera vez un grupo de intelectuales. Las sociedades orales

tienen una serie de individuos comprometidos con la exploración creativa de la cultura —que es la función del "intelectual". Pero además de que su actuación tiende a borrarse en beneficio de la memoria colectiva, esos intelectuales no orientan su actividad hacia la reflexión individual, sino justo en el sentido inverso, hacia la actualización y rememoración de los valores compartidos. En todo caso, la lectura en silencio es un nuevo comportamiento del individuo intelectual.

Por otra parte, tampoco deseamos sostener que lo que antecede a la lectura en silencio sea simplemente un mundo simplificado y abstruso. Como lo muestra la literatura a lo largo del siglo XV, la lectura en público incluye la existencia de obras escritas en un lenguaje muy complejo, sin que ese modo de transmisión limitara el número de lectores, más bien ampliando su recepción con un mayor número de oyentes. El analfabetismo no es una barrera insuperable para la existencia de un público numeroso habituado a narraciones de gran calidad. Además, el mundo oral no carece de sutileza y complejidad. Ejemplo de ello es la experiencia religiosa en la Edad Media; la prédica suministraba a la población una comprensión sofisticada de los textos bíblicos y de sus elevados conceptos. La lectura silenciosa no descubre, pues, ni al intelectual, ni la sutileza o complejidad del intelecto, sino simplemente acentúa, orienta la capacidad de reflexionar sobre sí y sobre la coherencia de las facultades intelectuales. Aunque esto no es de ningún modo desdeñable, porque con ello se indica la existencia y la multiplicación de hombres decididos a dedicar sus vidas a esta nueva función del intelecto.

Nadie pondría en duda que en la historia de la producción de conocimientos existe un seguimiento vinculado con los procesos de simbolización y con el manejo de signos. Pero es menos reconocida la importancia que actos como la escritura y la lectura de esos signos tienen para esa misma historia intelectual. Quizá se debe a que siendo tan familiares, apenas parecen requerir de nuestra atención. Aquí se ha intentado, en todo caso, mostrar, al menos en

lo general, lo que el acto de leer en silencio posibilita, en tanto que instancia de comu-

nicación, en el diálogo con otros o consigo mismo.

Notas

¹ El cual, por supuesto, debe todo a un grupo de historiadores y filósofos, deuda que intentamos dejar clara en la bibliografía.

² Svenbro, J., *Phrasikleia. Anthropologie de la lecture dans la Grèce ancienne*, pp. 72-73.

³ Margit Frenk, "Lectores y oidores'. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro", *Actas del VII Congreso Internacional de Hispanistas Giuseppe Bellini*, tomo 1, Roma, Bulzoni, 1981, p. 112.

⁴ *Idem*, p. 111.

⁵ *Idem*, p. 109.

⁶ Paul Zumthor, *La letra y la voz. De la "literatura" medieval*, p. 143.

⁷ *Idem*, p. 112.

⁸ El término es de Paul Zumthor, *idem*, p. 118.

⁹ *Idem*, p. 135.

¹⁰ *Idem*, p. 124.

Bibliografía

Detienne, Marcel, *Les savoirs de l'écriture dans la Grèce ancienne*, Presses Universitaires de Lille, 1988.

Havelock, E., *Aux origines de la civilisation écrite en occident*, París, Editions Maspero, 1981.

Knox, B.M.W., "Silent Reading in Antiquity", *Greek, Roman and Bizantine Studies*, 9, 1968, pp. 115-126.

Ong, Walter, *Oralidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Stock, B., *The Implications of Literary*, Princeton, 1983.

Svenbro, J., *Phrasikleia. Anthropologie de la lecture dans la Grèce ancienne*, París, Éditions la Découverte, 1988.

Zumthor, Paul, *La letra y la voz. De la "literatura" medieval*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1989.

